

acomoda con la vida blanda y que se nutre con la ociosidad. El santo tiempo de Adviento es muy á propósito para la reforma; trabajad desde hoy en ella. Arreglad vuestros ejercicios de piedad, despues de una confesion en la cual debeis sobre todo acusaros con una gran contriccion de haber pasado y perdido la mayor parte de vuestros dias en una vida blanda, y de ninguna manera cristiana. Es extraño que haya tan pocos que piensen en acusarse en sus confesiones de una ociosidad y una molicie de vida que condena á tantos.

2 Comenzad por hacer todos los dias á la tarde una corta visita al Santísimo Sacramento, y no dejéis dia alguno de oír misa. Rezad todos los dias el rosario: esta oracion tan santa, tan familiar á todos los santos y á todas las personas verdaderamente cristianas, está cuasi abolida en el dia de hoy en el gran mundo; un hombre poco devoto, una mujer mundana creerian, á lo que parece, envilecerse si rezasen el rosario, nó obstante que haya pocas oraciones que estén mas autorizadas en la Iglesia.

¡Cosa extraña! se diria hoy que la mayor parte de las gentes del mundo se avergüenzan de llevar esta señal del catolicismo. No dejéis, pues, de hacer diariamente alguna lectura edificante en cualquiera libro de piedad, y emprender con eficacia una vida cristiana. Uno de vuestros primeros deberes es el cuidado de vuestros hijos, de vuestros domésticos, y de toda vuestra familia. De este deber tan esencial se disgusta muy pronto el que vive con molicie. Condenad vuestra negligencia sobre un punto tan importante, y que sea este uno de los primeros frutos de vuestra reforma.

### TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

**E**L tercer domingo de Adviento, que en otro tiempo se llamaba segundo antes de Navidad, no es menos solemne en la Iglesia que los dos precedentes. Como la venida del Salvador del mundo debe ser el objeto de la devocion, de las oraciones y de todos los ejercicios piadosos de este santo tiempo, la Iglesia tiene cuidado todos los domingos, dias singularmente consagrados para renovar el fervor de los fieles, de escitar su fe y su esperanza, á medida que se acerca el dia del nacimiento del Redentor; á fin de que despertándose su zelo al aproximarse una fiesta tan grande, nada dejen de hacer para disponerse bien á ella.





El introito de la misa de este dia es el mas á propósito para escitar este zelo. Hermanos míos, *regocijaos siempre en el Señor*, nos dice el sacerdote subiendo al altar, *otra vez os lo digo, regocijaos*, no con aquella alegría vana y tumultuosa que nace mas bien de los sentidos que del corazón, la cual no teniendo por principio mas que un bien vacío y aparente, está siempre acompañada de amargura, y ordinariamente seguida del arrepentimiento; regocijaos con una alegría verdaderamente cristiana, y por consiguiente humilde, modesta, y al mismo tiempo pura, sólida, real; con una alegría que no teniendo mas que á Dios por principio, es inalterable, llena el corazón, y satisface el alma. Aparezca vuestra modestia á los ojos de todos los hombres, brille vuestra alegría porque el Señor está cerca: en efecto, ¿qué motivo mas justo para una santa alegría? *Señor, vos habeis derramado vuestras bendiciones sobre vuestra heredad*, continua, *vos habeis puesto fin á la cautividad de Jacob*, os habeis compadecido de vuestro pueblo, y habeis, por fin, escuchado sus votos. La Judea que en otro tiempo habiais tratado con tanta bondad, y que despues habiais repudiado con horror, como una tierra manchada con los crímenes de sus habitantes, ha encontrado nuevamente gracia en vuestros ojos; vos le habeis, al fin, enviado el Mesías. El Rey tanto tiempo esperado, el Señor tan deseado, el Salvador objeto de tantos votos, el cumplimiento de vuestras promesas va á aparecer; ¿qué motivo mas justo para hacer resaltar nuestra alegría? De este modo consueta é instruye en este dia á sus hijos la Iglesia en el principio de la misa.

Las palabras que acaban de citarse son tomadas de la Epístola que el apóstol S. Pablo escribe á los Filipenses, por las cuales empieza la Epístola de este dia.

Habiendo sido llamado de Dios S. Pablo á Macedonia, vino á Filipos, ciudad de aquella provincia, edificada por Filipo, el cual la dió su nombre. El santo Apóstol tan luego como llegó allí convirtió á una mercadera de púrpura, llamada Lydia. Esta conversion fué muy pronto seguida de otras muchas; y los fieles se aumentaron tanto en tan poco tiempo, que alarmados los magistrados hicieron prender á S. Pablo, y Silas su compañero, les hicieron azotar, y los enviaron á una prision. Durante la noche se sintió un temblor de tierra que conmovió hasta los fundamentos el lugar en que estaban. Se abrieron las puertas de la prision, y se rompieron las cadenas de los prisioneros. Habiendo acudido el alcaide, y creyendo que los presos se habian salvado, trató de atravesarse con su espada; pero S. Pablo le aseguró,



le convirtió, y habiéndole instruido le bautizó con toda su familia. Amanecido el día, enviaron los magistrados á decir al alcaide que dejase ir á Pablo y á Silas; pero S. Pablo les hizo decir que no se trataba de este modo á unos ciudadanos romanos. Vinieron los magistrados á la prision, dieron sus excusas y les rogaron que saliesen de la ciudad. El santo Apóstol fué desde Filipos á Tesalónica; pero siempre profesó mucha ternura y mucha bondad á los Filipenses. El mismo dice que se acordaba siempre de ellos en sus oraciones. Los Filipenses por su parte mostraron el reconocimiento mas vivo á S. Pablo, y no dejaron de enviarle socorros á todos los lugares donde predicaba. Habiendo sabido que se hallaba en prisiones en Roma, rogaron á su obispo Epafrodito que le llevase algun socorro de dinero; y á la vuelta del santo prelado fué cuando S. Pablo escribió á los Filipenses la hermosa carta de donde está sacada la Epistola de este dia. Les llama *su alegría y su corona*. Este elogio hace mucho honor á aquellos fervorosos fieles; y despues de haberles exhortado á perseverar en la fe, en el temor y amor del Señor, les recomienda que se regocijen sin cesar en nuestro Señor, y la razon que les da para ello es, dice él, que el Salvador está cerca. Este mismo es el motivo que le obliga á exhortarles á que tengan una modestia mas edificante y mas cristiana, entendiendo el santo Apóstol por la palabra modestia la práctica de todas las virtudes, de aquella caridad, de aquella dulzura, de aquella paciencia, de aquella mortificacion, tan propia para hacer que nos sea favorable la venida del Salvador. Ya que S. Pablo diciendo á los Filipenses que el Señor está cerca, haya querido decir que el Señor está continuamente cerca de nosotros para asistirmos, ó que lo haya entendido por el aniversario de su nacimiento; todo quanto dice en este capítulo contiene las disposiciones santas con que debe uno prepararse para aprovecharse de él. El recogimiento y la oracion acompañada siempre de acciones de gracias por sus beneficios, deben sernos familiares en este santo tiempo: la paz y la tranquilidad del corazon preparan el alma para las visitas celestiales. En medio del reposo de la noche es cuando llega el Esposo divino, y no hay nada tan opuesto á las intimas comunicaciones de Dios con el alma, como el tumulto del mundo y la disipacion del corazon. Esto es lo que hace decir al santo Apóstol: *Y la paz de Dios guarde vuestros corazones y vuestros entendimientos en Jesucristo*. Por esto recomienda tanto, principalmente durante el Adviento, el recogimiento y el retiro, en razon de que en la soledad es donde siempre habla Dios al corazon. Antiguamente no entraba ningun lego en el coro desde

este tercer domingo hasta la vigilia de Navidad, porque se suponian los canónigos como en retiro, y se procuraba no distraerlos en la solemnidad del oficio del dia. Por lo demás, añade el mismo Apóstol en el propio capítulo de que se toma la Epistola de la misa, lo que debe ocupar vuestros pensamientos y vuestros deseos, sobre todo en este santo tiempo, es todo aquello que es conforme á la verdad, todo lo que es puro, todo lo que es justo, todo lo que es santo, todo quanto es digno de nuestra estima y de nuestro amor, todo lo que da una buena reputacion, todo lo virtuoso, todo lo que es laudable en materia de disciplina y de conducta.

El Evangelio de este dia refiere el testimonio auténtico que S. Juan da á los judios de la venida del Mesias en la persona de Jesucristo. Habiendo elegido la Iglesia para el oficio de los domingos de Adviento todo lo que tiene mas relacion con su nacimiento; despues de haber anunciado en el Evangelio del domingo precedente las pruebas que da Jesucristo de su divinidad y de su mision á los discípulos de S. Juan, en el Evangelio de este dia cita el testimonio que el mismo S. Juan da de Jesucristo delante de los principales de la nacion, y á la presencia de todo el pueblo.

Habiéndose querido humillar el Salvador, hasta recibir el bautismo de penitencia que predicaba su precursor S. Juan Bautista, se habia retirado al desierto para ayunar allí por espacio de cuarenta dias antes de manifestarse al mundo. Entre tanto S. Juan predicaba á lo largo del Jordan con tan buen éxito y tanto fruto, que el pueblo dejaba las ciudades para ir á oír á este nuevo predicador; y como si no bastasen los habitantes de Jerusalem para formar su auditorio, y darle discípulos, corrian en tropas para oírle de todas las comarcas de la Judea, principalmente de las orillas del Jordan, y muchos movidos de un verdadero dolor de sus culpas hacian delante de él una sincera confesion de ellas, y le pedian su bautismo. No habia nadie, hasta los mismos fariseos orgullosos, y los saduceos, gente sin ley y sin piedad, que no quisiese ser bautizado, y la reputacion del hombre de Dios hacia tanto ruido, que el gran Sanhedrin, que era el gran consejo de los judios, en el cual se decidian los negocios del estado y de la religion, le envió una diputacion célebre.

Los principales de entre los judios sabian bien por los oráculos de sus profetas, y sobre todo por el de las semanas tan célebres de Daniel, que el tiempo en que debia nacer el Mesias estaba próximo. Por otra parte veian que por donde quiera no se hablaba mas que de Juan Bautista; que este santo hombre pre-



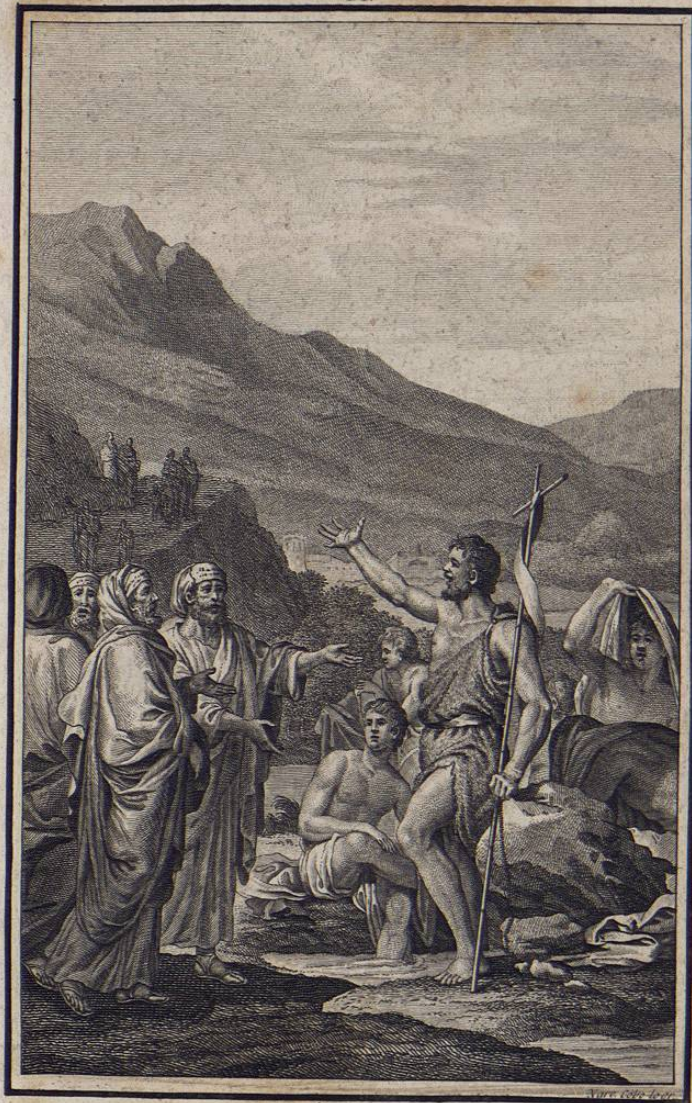
sentaba virtudes mas divinas que humanas, y que en un cuerpo mortal parecia verse la impasibilidad de un ángel. Todo esto hacia que se inclinasen al parecer del pueblo, que tomaba al precursor del Mesías por el Mesías mismo por tanto tiempo esperado, y tan ardentemente deseado de todo el pueblo. Sin embargo, como nada haya que sea mas incierto que un rumor popular, no creyeron que debian darle fe, sin haber antes enviado los sacerdotes y levitas al hombre de Dios, para saber de él quién era, qué cualidad tomaba, y en virtud de qué autorizacion predicaba la penitencia. Escogieron personas de este carácter, porque eran del cuerpo de los eclesiásticos, al cual únicamente pertenecia el examinar á aquellos que se ingerian á predicar y esplicar públicamente la ley al pueblo.

Jerusalen, aquella ciudad tan célebre, vió entonces á los primeros de sus sacerdotes y de sus levitas salir con un grande acompañamiento, para ir á mas de veinte leguas de distancia, á informarse de las cualidades y de la mision del nuevo profeta, sin pensar que iban á recibir el testimonio mas brillante de la venida del Mesías; dirigiendo la divina Providencia esta diputacion para enseñar á los judios, y que nunca pudiesen dudar, que Jesucristo á quien un dia habian de maltratar con tanto encarnizamiento, era verdaderamente el Mesías.

Encontraron los diputados á S. Juan en las cercanias de Bethabara, que tambien se llamaba Bethania; era esta una ciudad situada de la otra parte del Jordan, distante cerca de veinte leguas de la aldea de Bethania. Predicaba S. Juan de la parte de acá en una campiña á cielo raso. Allí formaba un gran número de discípulos para aquel á quien reconocia por su Señor, y todo su cuidado era el disponerlos, tanto por su doctrina y sus ejemplos, como por su bautismo, para recibir la ley de Jesucristo.

Allí fué donde los diputados del Sanhedrin le representaron cuanta estima y veneracion habia concebido hácia él el consejo; que la santidad de su vida daba á conocer bastantemente que él no era como el resto de los hombres; que en el concepto del pueblo pasaba ya por el Mesías, y que ellos mismos no estaban distantes de esta opinion, puesto que las cosas que hacia les parecian superiores á las fuerzas humanas; pero que para la satisfaccion comun, y para mayor seguridad, querian saber de su propia boca quién era.

No dudó el santo hombre: negó firmemente ser el que ellos creian; y á fin de que no tomasen su respuesta por alguna tergiversacion de una humildad poco sincera, les dijo en términos formales, y les repitió muchas veces que de ningun modo era el





Mesías: declaró altamente y sin rodeos que no era el Cristo. Por mas franca y mas precisa que fuese esta respuesta, no pudieron borrar los diputados de su imaginacion la idea que habian concebido de su mérito. Vinales, pues, al pensamiento que si no era el Mesías, podia ser muy bien que fuese un nuevo profeta, igual á los antiguos, ó á un Elías, puesto que vivia como él, á mas de que sabian que Elías no habia muerto, y que segun la profecía de Malaquías debia volver al tiempo de una de las dos venidas del Mesías, antes del gran dia del Señor. (*Malach. 4.*) S. Juan se afligia al ver que se hacia tanto caso de él, y que se le igualaba con los grandes profetas. Cuanto mas se le daban testimonios de estimacion, mas él se abatia. No solo negó que fuese Elías, sino que añadió que ni aun era profeta; queria sin duda dar á conocer á los doctores y á los sacerdotes lo que ignoraban y lo que les importaba saber; que el tiempo de los profetas habia pasado; que él no venia, como sucedia antiguamente para prometerles el Mesías, sino para advertirles que el Mesías habia venido, y que estaba en medio de ellos; y para mostrarles con el dedo aquel que sus padres no habian visto sino en confuso, y de muy léjos, por un espíritu de profecía. No pudiendo sacar de S. Juan mas que respuestas negativas y que no les declarase lo que era, sino lo que no era, le estrecharon para que les declarase lo que se debia pensar de él, cual era el carácter en virtud del cual predicaba, y lo que debian responder á los que les habian enviado, para saber de él mismo en qué concepto debia tenersele.

El Santo no pudo ya menos de satisfacer su curiosidad. Se manifestó á ellos, y les declaró con mucha modestia y candor, que era aquel de quien habia hablado Isaías, cuando viendo en espíritu al Mesías que debia venir, le parecia oír ya la voz de su precursor en el desierto, la cual exhortaba á los pueblos á que se preparasen para su venida. Yo soy esta voz, les dice, que viene para preparar los caminos al Mesías, y disponer por la penitencia que predico, y por el bautismo que administro, los corazones y los espíritus para recibir al que viene para salvarlos. Los fariseos mas zelosos por mantener su autoridad, que en procurar su salud, se picaron de esta respuesta, y replicaron con altanería: Si no eres, pues, ni el Cristo, ni Elías, ni profeta, ¿por qué bautizas? S. Juan que queria con su humildad abatir su orgullo, no les habla ni de su mision que habia recibido inmediatamente de Dios, ni del cargo eminente con que el cielo le habia honrado: se contenta con responderles para su instruccion, y la de todo el pueblo, que el agua de su bautismo no



obraba sobre las llagas del alma, mas que como el agua comun obra sobre las llagas del cuerpo; que no las curaba, sino que únicamente servia para lavarlas, á fin de que estando limpias se las viese, y se hiciese alto sobre ellas; que aquel hombre divino á quien buscaban, y que verdaderamente era su Mesias, les conferiria bien pronto un nuevo bautismo del cual el suyo no era mas que la sombra, un bautismo que curaria todas las llagas de sus almas; que por lo que hacia á él, habia recibido de lo alto una gracia particular para descubrir á los hombres sus errores y sus vicios, pero que era incapaz de remediarlos; que todo lo que podia hacer, era exhortarles á que reconociesen á su verdadero médico, el único de quien debian esperar su curacion. Que por lo demás, no era necesario que fuesen á buscarle léjos, que estaba en su pais, y en medio de ellos, que era de su nacion y de sangre real, conforme á lo que habian predicho de él los profetas; que, á la verdad, todavia no le conocian, pero que sus maravillas, de que ellos mismos serian testigos, se le descubririan muy pronto. Por lo que hace á mí, añadió, yo le conozco y he venido delante de él, á fin de anunciaros su venida; y si él viene despues de mí, esto consiste en que él es el Señor, y envia á su siervo para que avise que vendrá muy pronto. Y ciertamente yo valgo bien poco en su presencia, ni aun merezco emplearme en los ministerios mas humiles de su servicio. El lo puede todo, y yo no puedo nada; mi bautismo no dura mas que un cierto tiempo, y no tiene virtud alguna en comparacion del suyo, el cual será hasta el fin del mundo una fuente inagotable de gracias y de salud. El no os lavará simplemente con el agua, sino que os bautizará en el Espíritu Santo, y este santificador descenderá sobre los que recibieren el nuevo bautismo, se comunicará á ellos, les animará con su presencia, les fortificará con su gracia, les abrasará con aquel fuego divino, que produce efectos maravillosos en las almas santas. Verdaderamente el bautismo de S. Juan no era mas que una preparacion para el de Jesucristo, disponia los pecadores por la penitencia y por las obras de justicia, para escuchar al Mesias, y recibir el perdón de sus pecados por el bautismo del Salvador. El Santo llama á este bautismo un bautismo de fuego, y conferido por el Espíritu Santo; es decir, que no será una simple ablucion del cuerpo melido en el agua, sino que por la virtud del Sacramento, quedando el alma purificada de todas sus manchas, será inflamada é ilustrada por el Espíritu Santo. Sabemos que en el dia de Pentecostés descendió el Espíritu Santo sobre los discipulos en forma de lenguas de fuego, y pudo S. Juan haber alu-

dido no solo al efecto del Sacramento, sino tambien á este simbolo.

Despues de haber dado el santo Precursor este testimonio de la venida de Jesucristo á los diputados, continuó en todas las ocasiones que se le ofrecieron publicando el mérito, la santidad y la omnipotencia del Salvador del mundo. Viendo S. Juan al otro dia á Jesus que venia á él: He aquí, exclamó, el Cordero de Dios; he aquí el que borra los pecados del mundo. Este es de quien yo he dicho: He aquí viene despues de mí un hombre que es antes que yo; si yo he venido para administrar un bautismo de agua, esto no es sino para que se le conozca en Israel. Yo he visto, añade, bajar del cielo el Espíritu Santo en forma de una paloma, y se ha colocado sobre él. Y el que me ha enviado para administrar un bautismo de agua, me ha dicho: Aquel sobre el cual verás descender y colocarse el Espíritu, ese es el que administra el bautismo del Espíritu Santo. *Esto es puntualmente lo que yo he visto, y he dado testimonio que este es el Hijo de Dios.*

Nada podia convenir mejor al designio de la Iglesia que este Evangelio, tan propio para reanimar nuestra fe y escitar nuestro fervor, en un tiempo que tanto lo requiere para prepararnos á recibir dignamente aquel que los judíos no han querido reconocer. Inescusables despues del testimonio de S. Juan Bautista, todavia mas criminales despues de haber sido testigos de sus maravillas, los judíos rehusaron tenazmente recibir á aquel que habian perdido con tanto ardor y esperado por tanto tiempo, y le hartaron de oprobios. ¿Y no seriamos nosotros tan culpables como aquellos impios, y todavia mas ingratos que aquellos, si conociendo y confesando á Jesucristo por nuestro Salvador, no cuidásemos de disponernos con tiempo á recibirle con alegria, con empeño, con fervor, y por decirlo así, con dignidad el dia de su nacimiento?

*La oracion de la misa de este dia es como sigue:*

*Aurem tuam, quæsumus,  
Domine, precibus nostris accommoda: et mentis nostræ tenebras gratia tuæ visitationis illustra. Qui vivis et regnas cum Deo Patre ..*

Dignaos, Señor, escuchar favorablemente nuestras oraciones, y en estos dias de vuestro dichoso advenimiento disipad las tinieblas de nuestro entendimiento con la luz de vuestra gracia. Vos que siendo Dios vivís y reinais con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amen.



*La Epístola es de la carta del apóstol S. Pablo á los Filipenses, cap. 4, vers. 4 á 7.*

*Fratres, Gaudete in Domino semper: iterum dico, gaudete. Modestia vestra nota sit omnibus hominibus: Dominus enim propè est. Nihil solliciti sitis: sed in omni oratione, et obsecratione, cum gratiarum actione petitiones vestras innotescant apud Deum. Et pax Dei, qua exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu Domino nostro.*

«Esta Epístola á los Filipenses es de un estilo mas corriente y mas llano, está escrita con un espíritu mas abierto á lo que parece y mas contento que las otras, no obstante que S. Pablo estaba entonces en prisiones. Descubre en ella el apóstol toda la bondad de su corazón con toda su efusion. No mezcla en ella ni tacha, ni reprehension alguna, lo que indica, dice S. Crisóstomo, que los Filipenses eran de una virtud consumada.»

#### REFLEXIONES.

*La paz de Dios que sobrepuja á todo lo que se puede pensar, sea la defensa de vuestros corazones y de vuestros entendimientos en Jesucristo.* La paz interior tan dulce, tan satisfactoria, tan superior á los sentidos, que el mundo no puede gustar, y mucho menos dar, esta paz extranjera, desconocida del espíritu del mundo, esta paz no puede ser sino el fruto de la virtud perfecta. ¡Cosa estraña! Nosotros no estamos nunca en paz con nosotros mismos. La multiplicidad de deseos, de proyectos, de designios, prueba demasiado nuestra inquietud. Cuando nuestras pasiones no nos hiciesen la guerra, nuestro mismo corazón es el enemigo de nuestro reposo. Siempre insaciable, jamás está contento. El

amor propio pretende hallar esta paz que el mundo no puede dar, pero sus mismas investigaciones aumentan la turbacion. No hay cosa alguna, ni aun el goce de los bienes que se han deseado con mas ardor, que no incomode, que no altere, y por consiguiente que no turbe nuestro reposo. El libertino, el hombre mundano, el impío, se esfuerza para hacer creer á los simples que está en paz; mientras que su espíritu está inquieto y su corazón nada en la amargura. Recorred todas las condiciones, todas las edades, todos los estados; buscad en la opulencia, en la prosperidad mas floreciente, y hasta en el trono mismo, no hay hombre alguno del mundo que goce de un contento cumplido, de una tranquilidad perfecta; la inquietud y la tribulacion son la pertenencia inenajenable del corazón humano. En el mundo se contrahace, se disimula lo que se sufre, lo que cada uno es; el primer presente y cuasi el único que hace el mundo es la máscara; el disimulo caracteriza á los mas dichosos del siglo. Se rien, se regocijan y no se ve en el mundo mas que unas fiestas tras de otras, todas á cual mas tumultuosas, porque no se trata propiamente hablando mas que de embotar sus desazones, entonecerse. Artificio grosero que solo sirve para sustraerse al conocimiento del público, mientras que la inquietud, la agitacion y la turbacion tiranizan el corazón de los mas regocijados. La guerra es doméstica, y ni aun admite treguas. Se entrega uno á sus pasiones y se hace esclavo de ellas. No hay alegría alguna en el mundo que no sea superficial; ninguna flor, por decirlo así, que no sea artificial. *Paz, paz, y no habia paz.* No la hay sobre la tierra, ni puede haber otra que la paz de Dios que acompaña siempre á la buena conciencia. Esta paz que sobrepuja á todo lo que se puede pensar es esclusivamente el fruto de la virtud. De aquí nace aquella tranquilidad pura, aquella dulzura inalterable, aquella alegría tan dulce, aquel recogimiento tan gozoso, aquella modestia tan edificante que forman el carácter de todos los buenos. No, no es el mal humor, el poco espíritu, la melancolia, ni una falta de educacion ó un natural brusco y salvaje, lo que aleja á las personas verdaderamente piadosas de las reuniones mundanas, de sus partidas de placer, de sus diversiones tumultuosas; mucho menos sus pretendidas manías ni su humor caprichoso lo que las hace amar el retiro; son estas ya unas calumnias muy antiguas y usadas con que el mundo zahiere á los buenos. Su modestia, su exacta regularidad, su alejamiento de todas las diversiones mundanas, son efecto de su virtud y del contenido interior de que gozan. Su corazón gusta de una paz que satisface, y no cuidan mas que de no turbarla. Solo la esperien-



cia puede hacer comprender este misterio; es preciso gustar las dulzuras de esta paz interior para tener una justa idea de ella. *Gustad y ved*, dice el Profeta: haced la dichosa experiencia de ella, y despues podreis juzgar con seguridad de lo que ella es.

*El Evangelio de la misa es de S. Juan, cap. 1, vers. 19 á 28.*

*In illo tempore: Miserunt Judæi ab Jerosolymis Sacerdotes et Levitas ad Joannem, ut interrogarent eum: Tu quis es? Et confessus est, et non negavit: et confessus est, Quia non sum ego Christus. Et interrogaverunt eum: Quid ergo? Elias es tu? Et dixit: Non sum. Propheta es tu? Et respondit: Non. Dixerunt ergo ei: Quis es, ut responsum demus his, qui miserunt nos? Quid dicis de te ipso? Ait: Ego vox clamantis in deserto: Dirigite viam Domini, sicut dixit Isaias propheta. Et qui missi fuerant, erant ex pharisæis. Et interrogaverunt eum, et dixerunt ei: Quid ergo baptizas, si tu non es Christus, neque Elias, neque propheta? Respondit eis Joannes, dicens: Ego baptizo in aqua: medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis. Ipse est, qui post me venturus est, qui ante me factus est: cujus ego non sum dignus, ut solvam ejus corrigiam calceamenti. Hæc in Bethania facta sunt trans Jordanem, ubi erat Joannes baptizans.*

En aquel tiempo los judios de Jerusalem enviaron sacerdotes y levitas para que preguntasen á Juan: ¿Quién eres? El lo confesó y no negó; y lo volvió á confesar: Yo no soy el Cristo. ¿Quién eres, pues, le preguntaron? ¿eres Elias? No: dijo él. ¿Eres profeta? No: les respondió. Oyendo esto, le dijeron: Dinos, pues, quién eres para que podamos responder á los que nos han enviado; ¿qué es lo que dices de tí mismo? Entonces les respondió: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Ordenad el camino del Señor, como lo ha dicho el profeta Isaias. Y los que habian sido enviados eran de la secta de los fariseos. Entonces le hicieron una nueva pregunta: ¿Por qué bautizas, le dijeron, si no eres ni el Cristo, ni Elias, ni profeta? Juan les respondió diciéndoles: Yo no administro mas que un bautismo de agua; pero hay en medio de vosotros uno á quien vosotros no conoceis. Este es el que debe venir despues de mí, que es antes que yo, y del que yo no soy digno de desatar la correa de su calzado. Estas cosas pasaron en Bethania del otro lado del Jordan en donde bautizaba Juan.

## MEDITACION.

*Cuan poco conocido es Jesucristo, y cuan poco amado de aquellos mismos que le conocen.*

PUNTO PRIMERO. — Considera con cuánta razon podria decirse á muchos cristianos, lo que S. Juan decia á los judios: *Jesucristo nuestro Señor está en medio de vosotros, y vosotros no le conoceis.* Si le conocieseis no le tendríais tan poco amor, tan poca aficion, tan poco respeto, tan poco reconocimiento. ¡Qué desgracia para los judios el no haber conocido á su legitimo Rey, su soberano Señor, su Redentor, su Mesias! el Mesias tan ardentemente deseado y esperado por tanto tiempo; estando tan claramente marcado el tiempo de su venida, y viéndose el cumplimiento de las profecias que le habian anunciado en su doctrina y en sus milagros. No es menor la desgracia de los cristianos en no conocer á Jesucristo sino con una fe débil, lánguida y medio estinguida, una fe cuasi muerta; que luce lo que basta para hacernos inexcusables, pero que no obra lo necesario para hacernos verdaderos cristianos. Jesucristo está realmente en medio de nosotros en el adorable sacramento de la Eucaristia; ¿y se conoce á Jesucristo bajo estos velos? Grandes del mundo, ¿le conoceis vosotros? vosotros que castigais tan rigorosamente las menores faltas que se cometen contra el respeto que se os debe, mientras que sois tan insensibles á los ultrajes que se hacen al Señor soberano, á quien haceis profesion de conocer. Pueblos ¿conoceis vosotros á este Dios, á este Salvador que está en medio de vosotros? vosotros que sois tan frecuentes cerca de aquellos de quienes esperarais alguna gracia, y tan respetuosos, tan comedidos en la presencia de los que temeis, mientras que no teneis respeto alguno en la iglesia, ni encontráis nunca un momento desocupado para venir á ofrecer vuestros homenajes á Jesucristo sobre nuestros altares. Los ministros del Señor, las personas consagradas á Dios por profesion y por estado conocen á Jesucristo: porque al fin, las funciones ordinarias del sagrado ministerio, los empeños tan solemnes y tan perfectos, la vida reglada y austera, todo esto prueba bastante que, por lo menos de esta porcion escogida y privilegiada del pequeño rebaño, no es desconocido Jesucristo; pero ¿corresponden á este conocimiento su aficion, su zelo, su amor á Jesucristo? ¡Ah! ¡y con qué frialdad, acaso, se cumple todo esto! Hay poco empeño en hacer la corte á Jesucristo, se le mira con indiferencia, no se tiene confianza en él, porque no se



le conoce sino imperfectamente; y si se ha de juzgar por los efectos y por la esterilidad de este infructuoso conocimiento, ¿podemos razonablemente lisonjearnos de que conocemos verdaderamente á Jesucristo?

PUNTO SEGUNDO. — Considera cuan poco amado es este amable Salvador de aquellos mismos de quienes es conocido. Representémonos aquí solo aquellas personas cristianas que haciendo profesion de conocer á Jesucristo, no ignoran ni lo que es, ni lo que ha hecho para ganar nuestro corazon, ni lo que está en estado de hacer en favor nuestro. Aquellas personas que perfectamente instruidas de todos nuestros misterios, no olvidan los señalados beneficios de la Redencion y de la Eucaristía, y admiran sin cesar la humildad de su encarnacion, la pobreza de su nacimiento, la oscuridad de la mayor parte de su vida mortal, las maravillas incomprendibles de la adorable Eucaristía, las humillaciones y sufrimientos de la pasion y la ignominia de su muerte; y que todo esto lo ha obrado por la salud de los hombres: estas personas, repito, ¿aman fervorosamente á Jesucristo? ¿corresponde su amor á la idea que deben tener de la escelencia y de la majestad del Salvador? ¿corresponde su amor á sus beneficios? ¿corresponde al amor que él nos tiene? ¿corresponde al espíritu de nuestra religion? y sin consultar mas que á la razon, nuestro amor á Jesucristo ¿corresponde á los bienes que nos ha hecho? ¿á los que recibimos de él todos los dias? ¿á los que esperamos en el tiempo y en la eternidad? ¿á los que estamos recibiendo á todas horas? Conocer á Jesucristo, y creer que está continuamente con nosotros sobre nuestros altares; y no tener, ni aquel empeño que se tiene por llenar los deberes contraidos con los grandes de quienes se espera todo, y no tener incesantemente presente en el entendimiento un objeto de que el corazon debe estar tan ocupado, y no aprovechar todas las ocasiones de agradecer á aquel que es el árbitro de nuestra suerte eterna; he aquí un misterio de iniquidad incomprensible. Desgraciadamente lo demuestra una esperiencia bien triste. Cuando se ama á Jesucristo, agrada todo lo que procede de él; se tienen en la memoria sus maximas, y ¡qué impresion no hacen en el alma sus ejemplos! Consultemos los sentimientos y toda la conducta de los santos. Ellos han amado á Jesucristo: ¿qué fidelidad no han tenido todos ellos en conformarse con este divino modelo? ¡Qué trasportes de amor por este Salvador amable! ¡qué continuacion en hacerle la corte! ¡qué alejamiento de todo lo que él ha mirado con horror! ¡qué ansia por las humillaciones y los sufrimien-

tos! Tales son las pruebas del amor y de la ternura que se tiene á Jesucristo. ¿Nos ofrece nuestra vida muchas de ellas? ¿por estas señales reconocemos en nosotros un grande amor al Salvador? Tenemos, es verdad, con frecuencia en la boca los nombres de Jesus y de Maria; pero son señales estériles, si estos santos nombres no están profundamente grabados en el corazon. Todo nos conduce en el tiempo de Adviento á escitar amor, á abrasar nuestros corazones en este amor, á amar á Jesucristo con ternura. No hay disposicion mas propia para recibir dignamente este divino Salvador en el dia de su nacimiento, que este amor divino.

No, Señor, nosotros no os conocemos. Yo confieso que hasta aquí no os he conocido, puesto que os he amado tan poco; pero yo espero que mi porte con vos hará ver de hoy en adelante que comienzo de veras á conoceros, puesto que comenzaré verdaderamente á amaros.

JACULATORIAS. — Señor, aumentad mi fe, á fin de que os conozca mejor que lo he hecho hasta aquí. (*Luc. 17.*)

Yo os amaré, Señor, á vos que sois toda mi fuerza, mi refugio y mi Salvador. (*Ps. 17.*)

#### PROPOSITOS.

1 Amamos poco á Jesucristo, porque le conocemos poco. No tenemos mas que una fe débil, vacilante y medio estinguida; ¿y podríamos con una fe semejante amar á Jesucristo con ternura y con ardor? No se ignora lo que él es, se sabe lo que puede, no se ha olvidado lo que ha hecho en nuestro favor; mas estos conocimientos deben ser muy imperfectos, puesto que producen tan poco reconocimiento y tan poco amor. Aplicaos sobre todo en este santo tiempo, singularmente consagrado á celebrar su venida al mundo, aplicaos á conocer y á amar á este divino Salvador. Considerad lo que es, y lo que viene á hacer sobre la tierra. Cual es el motivo de su venida, esto es, de su encarnacion, de su nacimiento. Representaos su vida y su muerte; recordad en vuestro entendimiento todas sus maravillas y sobre todo su amor á nosotros, y preguntaos luego si este Dios hecho hombre por salvar á los hombres merece ser amado por nosotros. Sea este el asunto ordinario de vuestras meditaciones durante este santo tiempo. Decidle muchas veces á este divino Salvador con fervor como S. Agustin: *Haced, Señor, que yo os conozca, y que me conozca á mi mismo.* ¡Qué confusion, buen Dios, y qué senti-



miento no debo yo tener por haberos amado tan poco, divino Salvador mio!

2 Poco importaria el que tuviésemos este sentimiento, si nuestra conducta no testificase nuestro amor. Probémosle desde hoy que le amamos por la resolucion que debemos tomar, de que no pase día alguno de nuestra vida, si puede ser, sin hacerle una visita en el Santísimo Sacramento. Probémoselo por nuestra caridad con los pobres; todos los bienes que les hiciéremos, los hacemos á Jesucristo: *Mihi fecistis*. Visitad por tanto á los pobres enfermos en los hospitales, y á los pobres vergonzantes en sus casas particulares. Visitad á los presos al menos una vez en la semana, y repartid limosnas entre los unos y los otros; esta caridad será una prueba de vuestro amor. Recibid á menudo á Jesucristo en la adorable Eucaristía; comulgad con mas frecuencia que lo ordinario durante el Adviento, y hacedlo cada vez con nuevo fervor. Es una práctica de piedad muy útil el rezar todos los dias, sobre todo en este santo tiempo, las letanias del santo nombre de Jesus (\*) y las de la Virgen. En fin, no omitais nada para amar con fervor y con ternura á este divino Salvador, y á la que ha sido destinada para ser su madre.

#### CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

EL cuarto domingo de Adviento, que tambien se llamaba el primero antes de Navidad, debe escitar tanto mas nuestro fervor y nuestra devocion, quanto mas cerca está de la solemnidad que exige todo nuestro zelo. Con este espíritu y con este fin ha dispuesto la Iglesia que preceda á este domingo el ayuno de las cuatro témporas, esto es, el ayuno del miércoles, del viernes y del sábado precedentes.

Llámanse cuatro témporas los ayunos que prescribe la Iglesia de tres en tres meses, el miércoles, el viernes y sábado de la misma semana, para consagrar las cuatro estaciones del año por la penitencia de algunos dias de ayuno; para pedir á Dios la conservacion de los frutos de la tierra, para darle gracias por los que ya ha concedido, y para obtener de él el que provea á la Iglesia en este tiempo en que se hacen las órdenes de ministros santos. Conociendo la Iglesia la flaqueza de sus hijos, ha querido darles á entender que no hay tiempo alguno en todo el curso del año en que les sea permitido relajarse ó interrumpir el ejerci-

(\*) En España no se usan estas letanias del nombre de Jesus.

cio de la penitencia, porque en todo tiempo hay necesidad de purificar el alma con el uso frecuente de los sacramentos, con la oracion y con el ayuno; y esto es lo que ha movido á determinar tres dias de ayuno en cada una de las cuatro estaciones del año, los cuales se llaman las cuatro témporas. S. Leon dice que esta observancia se ha fijado á las cuatro témporas ó estaciones, á fin de que esta sucesion continua de tiempo con el círculo del año nos enseñase que continuamente teníamos necesidad de purificarnos, y que siempre debemos esforzarnos para borrar por medio de los ayunos y las limosnas las manchas que cuasi incesantemente contraemos durante la vida por la fragilidad de la carne.

Acaso no hay observancia que sea mas antigua en la Iglesia que la de las cuatro témporas, puesto que, segun el mismo Santo, viene hasta nosotros desde los mismos apóstoles. En el antiguo Testamento habia ayunos determinados y fijos á ciertos meses del año. *He aquí lo que dice el Dios de los ejércitos*, dice el profeta Zacarías: *Los ayunos del cuarto, del quinto, del séptimo, y del décimo mes, se convertirán para la casa de Judá en dias de regocijo y alegría, y en fiestas solemnes*. S. Leon cree que estos ayunos lo mismo que algunos preceptos morales, son del número de aquellas cosas santas y útiles que los apóstoles han querido conservar de la antigua ley para el uso de la Iglesia, pero por motivos mucho mas espirituales y mas perfectos que los del antiguo Testamento. Lo que en la ley antigua no era mas que una simple figura, continua el mismo santo pontífice, ha cesado por la realidad en la ley nueva; mas en cuanto á los ayunos, como que nos son demasiado necesarios y sobremano útiles, jamás ha pensado la Iglesia que cesasen. Añade que la Iglesia conducida y dirigida por el Espíritu Santo, ha distribuido de tal modo el ayuno en las cuatro estaciones del año, á saber, las cuatro témporas de primavera en cuaresma; las del estío en la octava de Pentecostés; las de otoño en el mes de setiembre; y las de invierno en el décimo mes, que todas ellas se hallan santificadas por la penitencia. Los oficios de la misa de estos tres dias de cuatro témporas de Adviento son particulares, y conformes al misterio y á la santidad de este tiempo. En la misa del miércoles de cuatro témporas se leen siempre dos Epístolas, para dar á conocer, dice Alcuino, á los que deben ser examinados en este dia, para recibir las órdenes el sábado siguiente, que deben tener un gran conocimiento de la santa Escritura. Las dos Epístolas que se leen en la misa del miércoles de la tercera semana de Adviento, son tomadas del segundo y